

## Tiburones de los mares del Sur

La oportuna intervención de don Plácido hizo posible lo que él llamó una entente provisional entre los primos Chabela y Néstor. En su avanzado estado de gravidez, María Isabel amaneció muy feliz pues Néstor, convencido por su cauto papá, aceptó someterse a la coyunda eclesiástica. Reunidos con las tías ante la adusta presencia de Papa Chente y el párroco, los cónyuges brindaron por el buen éxito del esperado alumbramiento.

Quien no estuvo de acuerdo con aquella evangélica pacificación fue Débora que aún proseguía prendada del maestro. Néstor cuya moral a toda prueba era modelo de honestidad tal vez había reavivado el fuego de la antigua pasión en un descuido de efervescencia etílica. Ni la muerte de Gancho Hermoso ni la cárcel de Goyo la habían impresionado tanto como el saber que Néstor y Chabela se habían reconciliado. Decepcionada, se entregó a la bebida con un nefasto vaporino. Una noche se fue con él a la ciudad, ebria, dispuesta a no regresar a la isla nunca más. Ni siquiera se condolió del hijo, que la quiso seguir y estuvo casi a punto de perecer ahogado porque el cruel vaporino lo echó al agua y aun le dio con un remo. Por fortuna Pipe sabía nadar. Chon Candela lo adoptó bondadosa y lo crió desde esa noche, llevándose a convivir con ella en casa de Ñopo.

De repente comenzó a hablarse con bastante aprensión del peligroso cometa Halley. Se decía que su cola era tan larga que, al rozar con la Tierra, le arrancaría de cuajo uno de sus polos.

Néstor tuvo que hacer un viaje a la ciudad en busca de las nóminas de él y Chabela. En el muelle, Fífila se le acercó angustiada, le habló aparte y le dijo, le suplicó, que por favor tratara de encontrar a su nieta Débora. Sabía que, abandonada por el malvado vaporino, Débora trabajaba de mesera

en un especie de garito, antro del vicio que durante las noches se volvía lo que la gente llamaba **bailamono**, situado junto al embarcadero casi frente al mercado público. Fífila imaginaba que Débora se había entregado a la mala vida, una muchacha que iba tan bien en sus estudios y habría triunfado de no haberse dejado preñar por Goyo. Bondadoso como era, Néstor prometió conducir al redil a la oveja descarriada.

—Yo sé que Débora me estima y me respeta como maestro que fui de ella. Estoy seguro de que tendré el buen tino de convencerla. Mi deber es reintegrarla a la isla y a la vida honorable.

Lo primero que Néstor gestionó en la ciudad fue el cobro de las nóminas de él y Chabela que negoció con un agiotista. Necesitaba dinero para comprar la canastilla y algunos utensilios adecuados pues su esposa estaba a punto de dar a luz.

Los trajines del día le impidieron efectuar tales compras. Me ocuparé de eso mañana. Esta noche debo cumplir con Fífila.

Desprevenidamente llevaba en el bolsillo su dinero completo cuando entró a la sentina que en efecto era un figón repugnante. Débora, al ver a Néstor se echó en sus brazos llorando de alegría.

Néstor captó al instante cierto fatal malentendido. El hecho de que en forma imprevista él de expreso le fuera a hacer una visita reavivó las marchitas esperanzas de Débora pues la hizo imaginarse una nueva ruptura conyugal lo cual tergiversaba el verdadero sentido humanitario de su misión. Prefirió no apagar las encendidas ilusiones de Débora para no fracasar.

Se mostró tierno y consecuente. Bebió y bailó con ella, y en su afán de guiar sabiamente a la oveja descarriada, los tragos hicieron que él mismo se extraviara en la siniestra selva del vicio.

Don Plácido le había prohibido a Néstor relaciones de índole íntima con su esposa Chabela debido a que, como era primeriza, su delicado estado de gravidez hacía forzosa la abstinencia. Tal fue la causa de que Néstor impulsado por la embriaguez y su apetito sexual, se dejara envolver entre las redes lujuriosas de Débora. Casi de manera inconsciente, subió con ella al cuarto, la gozó ardientemente y se quedó profundamente dormido.

Al despertarse entre sus brazos y verla tan eufórica se dio cuenta de haber caído en el garlito. Ya no había más remedio que darle tiempo al tiempo dejando que las aguas fluyeran hasta encontrar su curso.

Débora ordenó un desayuno opíparo para ambos en el cuarto. Estaba tan cordial, amorosa y alegre que discurría casi consigo misma.

Desde que era tu alumna te he deseado. Finalmente he logrado hacerte mío. Regresaremos a la isla. Seremos muy felices. Ya verás.

Echado aún en la cama, desnudo y procurando cubrirse con la sábana, Néstor sentíase avergonzado y culpable como Adán y, cerrando los ojos, evitaba la luminosidad matutina. Sentíase un transgresor. La noche antes había despilfarrado gran parte del dinero de las nóminas. Adiós ajuar del niño y las bebidas para brindar con los amigos y familiares por su feliz epifanía. Pero ¿qué hacer? Mi auténtica misión como maestro es alejar a Débora del vicio, reintegrarla a la abuela y a la isla. No debo fracasar en esta empresa. Le he prometido a Fífila redimir a su nieta. Lo haré de todos modos.

Arrastrado por su misma moral comprometida, Néstor siguió gastando. Cada noche bebía se emborrachaba y se iba al lecho con Débora.

—Volveremos a la isla cuando pase todo este embrollo del cometa — le decía ella.

La noche en que el terrífico Halley pasó radiante sobre la isla la gente, al ver su enorme cola brillando esplendorosa en el cielo, esperó que de un momento a otro el mundo iba a estallar en pedazos. Presa del pánico, la muchedumbre, aglomerada en la iglesia y en la plaza, rezaba mil plegarias y suplicaba misericordia. Como una enorme luna llena, de larguísima y aterradora cola, el astro errante parecía inmóvil. Sabíamos que, tal como el satélite, lo seguiríamos viendo la noche íntegra hasta el instante en que llegara el estallido fatal. Como único médico de la isla, yo estaba al lado de Chabela, sabiéndola en vías de parto, protegiéndola, rodeado de centenares de mujeres que, arrodilladas en plena plaza, repetían angustiadas las letanías del buen morir. De repente Chabela comenzó a sentirse mal y a lanzar alaridos angustiosos. Temiendo la posibilidad de que el parto tuviera efecto a la intemperie, yo había advertido a Lola y a Malala prevenirse con colchas y almohadas. Extendimos las mantas en plena plaza y acomodamos sobre ellas a la grávida cuyos gritos contagiaron al público pues la gente creyó llegado el instante en que la cola del cometa iba a chocar contra la tierra y se armó un orfeón de llanto general. Alborotaban, sobre todo, los niños y las muchachas jóvenes. Chabela que, además de ser primeriza estaba asustada por la catástrofe inminente, repetía cada vez con más ímpetu

sus alaridos. Todos los perros comenzaron a aullar. En la iglesia, los coros elevaron el gregoriano volumen de sus voces mientras alguien dispuso repicar las campanas. Chabela se debatía en el suelo sostenida por Malala y Dolores. Que alguien haga callar esas campañas, gritaba yo colérico, pero nadie hacía caso y entre esa algarabía de verdadero aquelarre tuve que hundir mis manos en la sangre y enfrentarme a la muerte porque el parto se iba haciendo cada vez más difícil. Por fin, nació una niña. Tanto la puérpera como ella salvaron su existencia de milagro. Malala quiso que Lola la llevara enseguida a la pila bautismal para que el cataclismo la encontrara en gracia de Dios. Los padrinos fueron María Dolores y Papa Chente. El párroco, al imponerle el consagrado crisma pudo decirle: Yo te bautizo, María del Milagro, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Afortunadamente el cometa, fuera de ser un estupendo espectáculo pasó sin riesgo alguno de nuestra parte. Chabela ya pudo levantarse del lecho después de estar en cama bastantes días muy delicada y la niñita, sin duda alguna, es un primor. Nadie ha querido que Chabela se entere de que tú estás con Débora y que te precipitas por una cuesta peligrosa. Reflexiona, hijo. Debes volver a la isla cuanto antes. Piensa que si Chabela se percata, puede sufrir un grave colapso. ¿Quieres matarla? Yo comprendo tu misión franciscana en favor de Débora pero no olvides que Jesucristo, con cariñoso ejemplo, nos impuso también nuestro deber para con los niños. Quiero que veas a tu hija Milagro. Te va a encantar. Chabela ya se siente mejor y hasta la saca a pasear por la placita cada mañana.

Al escuchar a su papá, Néstor no puso más reparos, la única solución era decir a Débora la verdad y regresar a la isla.

Plácido tuvo la plena convicción de que su hijo regresaría al hogar entusiasmado por las buenas noticias relativas a la recién nacida Milagro.

Chabela se sintió muy feliz al escuchar al suegro quien le mintió diciéndole que Néstor cumplía una importantísima misión educativa asesorando en la ciudad a las altas autoridades del ramo.

Néstor no sé atrevió a decirle a Débora la verdad seguro de que si lo intentaba fracasaría del todo en su gestión redentora. Sabía que era imperiosa su vuelta a la isla, con o sin Débora, no solamente por sentir el placer de acariciar a su pequeña Milagro sino asimismo porque debía cumplir con el apostolado de la enseñanza. Afortunadamente para él, Plácido lo había sabido reemplazar en la escuela. Acaso Débora, una vez incorporada a la isla comprendería ese punto.

—Claro que debes regresar a la escuela —le dijo ella—. Viajaremos como dos tortolitos. Ya jamás volveremos a separarnos.

Néstor pensó que lo importante era cumplir con su promesa de que Débora se reincorporara a su vida en la isla. Una vez allí, Fífila se encargaría de lo demás.

Se embarcaron. Débora estaba tan feliz que hasta bebió en El Izabal nutridos tragos.

Néstor, por complacerla, trasegaba de la misma botella.

Cuando se iban aproximando al muelle de la isla, Néstor vio, entre la gente aglomerada que, flotando pañuelos en el aire, les prodigaba una cordial bienvenida... Caramba, qué infeliz contratiempo. Allí estaban esperándolo alegres nada menos que su papá y Chabela. Esta última acunaba entre sus brazos a la niña. Quedó nervioso. Distrajo a Débora, y apenas el vapor se acoderó, le dijo:

—Vete abajo a buscar tu maletín y el regalo que le trajiste a Fífila. Aquí te espero.

Mientras ella bajaba, procurando tratar de abrirse paso a codazos a través de los muchos pasajeros que iban desembarcando con bultos y paquetes. Néstor aprovechó y, actuando con premura, fue uno de los primeros en abordar el muelle y enseguida corrió a abrazar a su hija y a su esposa Chabela.

La insólita cantidad de gente que esa tarde se apretujaba en el desembarcadero se debía a la presencia de unos voraces tiburones, tan hambrientos, que rondaban el muelle con el fin de atrapar varias piltrafas de carne que unos **marines** les echaban. Se decía que habían llegado a la isla tras diversas fragatas gringas procedentes de los mares del Sur. La primera noticia que se tuvo de ellos fue cuando la desdicha le tocó a Cucho el lamparero. Por darle gusto a su hijo sordomudo, de diez años, que iba en la popa de la panga con los pies en el agua, el zapatero se entretenía con él y, como estaba borracho, se durmió. Las olas empujaron la panga mar afuera. El niño no pudo oír los gritos de quienes le advertían la presencia del tiburón. Fue demasiado tarde cuando, al verlo, cayó hacia atrás del susto. El animal había logrado arrancarle ambos piececitos.

Poco después de ese fatal accidente, unos pangueros desembarcaban grandes piezas de carne traída extra debido a la insólita abundancia de

turistas, Antes de conducirlos a la carnicería o al hotel, los cuartos de las reses iban quedando superpuestos uno sobre otro a la orilla del mar sobre la arena. Atraído por el olor de la carne o el sabor de su sangre, uno de estos voraces tiburones saltó tratando de alcanzar los trozos. Tal fue su ansia que su voracidad lo dejó en seco pues la gran ola que lo acercó a la carne descendió bruscamente. Rápidamente los cargadores lo mataron a palos y a machetazos.

Cuando Débora logró salir al muelle tras el gentío que le impedía apresurarse, vio a Néstor tiernamente abrazado con su esposa María Isabel lo cual la hizo sufrir su más terrible desilusión. Para ella aquello significaba su derrota total. Plácido, que ya había sido advertido por Néstor, corrió a evitar alguna escena desagradable pues Débora había bebido bastante durante el viaje y estaba ebria, pero fue inútil. Desgreñada, vociferaba dando alaridos y, enceguecida por el llanto, la furia y la ebriedad, perdía a cada momento el equilibrio y estuvo casi a punto de caerse. «Tenga cuidado, le dijo un marinero, hay tiburones feroces y con hambre», lo cual fue para ella como una sugestión muy adecuada para atraer a Néstor declarando que se iba a suicidar. Consciente de que, dado el estado etílico en que estaba, podría caerse al agua, éste corrió a salvarla. La lucha entre ambos fue tan rápida que casi nadie pudo evitar ni precisar lo ocurrido. Inesperadamente cayeron y fueron destrozados por los escualos.

Plácido quiso evitar que María Isabel se diera cuenta de aquella escena horripilante pero ella, sin verla, la intuyó y estuvo a punto de perder el conocimiento. Ladera tuvo que sostenerla y aun cargar a la niña. Unidos en el llanto, se alejaron del muelle.

Quienes lograron presenciar la tragedia comentaron más tarde el suceso asegurando que el mar se puso rojo como cuando mataron a Gancho Hermoso.



## VIII

### Un insólito Tabernáculo

Caro figliolo: (Esas mismas palabras fueron las que mamá me dijo al despedirse de mí en Puerto Limón. Al embarcarse me levantó en sus brazos y me besó llorando. Su bellissimo rostro envuelto en lágrimas es la indeleble imagen que de ella baila aún en mi mente, asimismo mi lamento angustioso cuando al verla partir dije **mamma**. Mi abuela Teodorina, teniéndome en sus brazos y besándome, sólo dijo: **Non piangere**. No se atrevió a decirme: **La tua mamma va a ritornare presto**. Sabía que el viaje de su figlia Rosina tenía el sentido de una ausencia total y casi igual a la muerte.) Caro figliolo: La mia **mamma**. Teodora me ha escrito siempre y me ha enterado de todos tus estudios eclesiásticos. Es una bella vocación la tuya. Cada uno de nosotros nace con un destino, con un anhelo de ser, de hacerse. Yo quise ser artista. No pude serlo. Se opuso mi papá injustamente. Tal vez ya es tiempo de que sepas algunas circunstancias y las causas que me obligaron a abandonarte en brazos de Teodorina. Por ella supo que habías viajado a Roma con la intención de hacerte cura y que el dinero que mi papá Giovanni te enviaba era mezquino. Necesitabas pagar a un preceptor, comprar libros costosos, residir en una buena pensión. Desde entonces te remití a través de su conducto, puntualmente, giros bancarios adecuados a tus necesidades. Sabes muy bien, **figliolo mio**, que el fin justifica los medios. No te avergüences, pero debes saber que tus estudios eclesiásticos han sido sostenidos y pagados por mi burdel. Es el prostíbulo de más categoría en Valparaíso. Se llama TABERNÁCULO. Cuando vengas a verme, ya convertido en cura, sabrás la causa de ese nombre. Quiero que sepas que ahora soy poseedora de una enorme fortuna de la que tú serás el único heredero. No vayas a pensar que mi dinero sea sucio por el hecho de estar prostituido. Jamás me he arrepentido de haber hecho dinero para mi hijo, aun vendiéndome. Tú eres un hombre culto y sabes que entre las profesiones

más antiguas del mundo está la mía. Suelo codearme con profesores, filósofos, doctores, abogados, poetas y aun con sabios prelados que, despojándose de su hábito, vienen a verme y a acostarse conmigo. Por ellos he sabido que todo lo venéreo procede de los templos de Venus cuyas sacerdotisas fueron, como tú sabes, las fundadoras de nuestra orden. No te olvides que Venus en italiano es **Vénere**. Tú, al desposarte con la Virgen tal vez lo hiciste pensando que ella es también tu madre. Entre hijo y madre existe siempre un ligamen muchas veces ambiguo. La Virgen de los griegos era Atenea. ¿Lo sabes? Por eso a Nápoles la llamaron Partenos, que significa casto, puro, sin mancha, virgen, es decir, la doncella, pero también recuerda que las sirenas eran las putas de Parténope. Desnudas, con el agua hasta la cintura, cantaban, atraían a los marinos de los cuales, ya devorados por el vicio, no se volvía a saber. Por ser napolitana, tengo mucho de Virgen y de sirena. Dejé de serlo cuando me enamoré de un marinero danés. En ese tiempo yo era una chica de trece años. A mi padre jamás lo conocí por lo menos hasta cumplir casi veinte años. Me crié con **nonno** Teófilo. Abandonada, joven y bella, mi **mamma** Teodorina se fingió filotea pero era para acostarse con el cura posiblemente a sabiendas de mi abuelo. Yo andaba errante jugueteando con los chiquillos de la playa. El marinero danés era muy joven pero alto y bien plantado. Tenía barba y cabellos largos. Parecía un Cristo. Creo que era hijo de una napolitana porque hablaba italiano entremezclado con frases dialectales. Mi abuelo Teófilo me había enseñado a amar a Cristo. Me decía: Ese es tu esposo. Debes buscar a Cristo. Cuando en aquella **birrería** de Pausilipo vi a Jesucristo bebiendo **birra**, me le acerqué sumisa. Era mi esposo. El marinero danés charló conmigo, me hizo beber cerveza y al poco rato lo seguí fascinada. Me entregué a él, viví con él mientras su barco estuvo en Nápoles. Después volví a Pausilipo preñada. Naciste tú, Danilo. Desde que eras pequeño, desde el momento en que hablaste y comprendiste, no hice más que decirte: Jesucristo es tu padre. ¿Y mi madre es la Virgen?, preguntabas. Sí, **figliolo**, **io solo sono la tua mamma**, te decía. Te criaste entre la Virgen y Cristo junto a tu abuelo Teófilo. La beata Teodorina se pasaba la vida con el cura; yo mantenía la casa puteando en la bahía desde muy joven. Era mi sino. La carta en que Giovanni Salerno se arrepentía de habernos abandonado fue como un terremoto. Zvaní, el hijo pródigo del buen Teófilo, pedía perdón por sus pecados, cancelaba la suma substraída a la iglesia y enviaba los dineros del caso para que en el primer vapor que zarpara nos embarcáramos hacia un pequeño puerto tico que nadie conocía. La **mía mamma**, que ya se había olvidado de Giovannino, no se sintió muy inclinada



a ese viaje, sobre todo porque ella amaba al cura. Yo esperaba la vuelta del danés. Me arrodillaba diariamente ante la imagen del Cristo y le decía: Vuelve, vuelve. Alguien me dijo que los barcos daneses viajaban con frecuencia a las Américas lo cual me hizo pensar que a lo mejor Jesucristo hacía un milagro. Puerto Limón se me clavó en la mente como una cándida esperanza. El **nonno** Teófilo consultó con el cura. Este le dijo que una mujer napolitana debe seguir a su marido aunque sea al infierno, con lo cual indicaba que ya estaba aburrido de Teodorina y lo indudable era que ya tenía otra filotea en ciernes. Al descender del barco en Puerto Limón, Teodorina buscó con la mirada a Giovannino. Después de tantos años de ausencia ¿qué iban a conocerse? Fue necesario que, como buenos napolitanos, se echaran a gritar como quien llama a un perrito o a una perrita. ¡Giovannino! ¡Teodorina! Se aproximaron entre sí, se miraron y se quedaron mudos. Era inútil. Ya no se conocían ni mucho menos se amaban. No hubo abrazos ni besos ni parabienes. Más bien hubo miradas hostiles.

—**¿Dove diavolo é mia figlia Rosina?** —dijo, buscándome, Giovanni.

—**Eccola lá che scende** —le indicó Teodorina, señalándome.

Al verme con un niño en los brazos (tú a lo mejor tenías cinco años, Danilo,) Giovanni preguntó, enfurruñado:

—**¿Che c'entra quel bambino?**

—**E ti figlio di Rosina** —repuso Teodorina.

Se enfrascaron en una violentísima pelea en napolitano

Tú, **figliolo**, comenzaste a llorar. Parece que eso calmó los ánimos.

Montamos en un viejo carricoche tirado por un burro o una mula. No sé qué diablos era.

Giovanní me miraba con unos ojos de sabueso rijoso. Yo sonreía taimadamente. Me di cuenta enseguida de que al viejo no le importaba un pito Teodorina. Me oteaba de soslayo. Comprendí sus malsanas intenciones. Teodorina seguía insultándolo por haberla abandonado preñada. Él, para contentarla, le daba la razón y aceptaba que no era un gran pecado lo de mi hijo. Te hacía caricias y decía: **bel bambino**.

El mísero carruaje se detuvo frente a un pequeño restaurante situado en un **bel posto del littorale**. Como sentí de pronto un hambre intensa,

pensé que iba a invitarnos a almorzar, pero al bajarnos del vehículo nos indicó que ésa era su TRATORIA NAPOLITANA.

Súbitamente, mi mamá y yo, entendimos el afán de hacernos dejar Nápoles y nuestro **bel Pausílipo** por un misero sitio como Puerto Limón. ¡Malhaya la miseria! Sabía que yo, como muchacha napolitana, sería experta en canciones y en bailar por lo menos la **tarantella**. En eso no se había equivocado porque yo había estudiado canto y baile. Deseaba ser artista. La mía **mamma** era ducha en cocinar comida italiana. De lo cual resultaba, como en efecto sucedió, que su propósito nada tenía de cariñoso ni de amor paternal. Sólo deseaba tener, a cambio de lo que le costó el pasaje en tercera, dos sirvientas gratuitas. Mi mamá lamentaba la maldita hora en que, dejándose aconsejar del cura y del bondadoso Teófilo, se resignó a viajar. Lloraba sobre las grandes ollas de spaguetti. Trabajaba metida en la cocina más de doce horas diarias desde el amanecer hasta la noche sin esperanzas de quejarse porque una esposa napolitana tiene que obedecer a su marido. Yo servía de mesera, además de lo cual y lavar platos, tenía que entretener a los clientes cantándoles canciones napolitanas y bailando con las piernas al aire. Como era bella y atractiva (lo sigo siendo) lo que más me agradaba era cantar y bailar. Al poco tiempo de haber llegado (ya sea por la magnífica comida que hacía mamá o acaso por la sana alegría de mis canciones y bailes) la tratoría empezó a llenarse de clientes de los cuales la mayoría eran vaporinos y marineros de los barcos surtos en la bahía. En el fondo, la clientela aumentaba debido a mis maneras afables, pero papá Giovanni empezó a regañarme «por mi coquetería, por mis gestos y modales de mujerzuela.» De manera consciente o inconsciente, no hacía otra cosa que encelarme. Me deseaba sin atreverse a confesarlo. Por las noches, cuando, agotados por la diaria faena, cerrábamos las puertas, él continuaba bebiendo botella tras botella de vino. Mi mamá resolvió dormir conmigo, pues lo creía capaz de cometer, borracho, un disparate. Una noche, porque estuve coqueta con un cliente, me dio una bofetada. Menos mal que el asunto fue en la cocina. Mi mamá lo agarró a cucharazos y se soltó a llorar desconsolada. Yo, que seguía pensando en mi danés, supe que los barcos de Europa llegaban a Colón y que, además, en eso puerto del Istmo, había bastante vida nocturna. Como sabía dónde Giovanni escondía el dinero, robé un buen fajo de billetes, compré el pasaje y, una noche, con la anuencia de Teo, me embarqué hacia Colón. Un empresario me contrató para cantar, bailar y desnudarme. Con miras a evitar que mi papá diera conmigo, decidí desde entonces parapetarme tras un bonito nombre de cartel. Seguía pensando en mi danés. Mi bello Cristo se iba volviendo una obsesión en

mi mente. Durante el día no hacía otra cosa que visitar el muelle y las cantinas. Por las noches, recorría los casinos y los distintos centros nocturnos. Mi nombre se volvió famosísimo. Comencé a hacer dinero en abundancia. Supe que, cruzando el estrecho de Magallanes, ciertos barcos daneses llegaban hasta Valparaíso. No demoré en saberlo cuando ya estaba en viaje hacia este puerto chileno. Con el dinero ahorrado fundé un burdel de lujo, que aún sigue siendo el famoso TABERNÁCULO. Soy rica, **figlio mio**. Gozo dando y proporcionando placer a los demás. Sé que mi profesión, como te he dicho, es la más clásica y la de más categoría en los anales de la historia mundial. Dios supo crearme para ofrecerles felicidad a los hombres. Todos me quieren y me siento feliz cuando me aplauden desnuda. Sé que muy pronto serás un sacerdote. Cada cual a lo suyo. Yo no me siento pecadora. Nuestras dos vocaciones son aparentemente distintas, pero de orígenes idénticos, religiosos. Tú serás sacerdote en los templos de nuestra fe católica; yo soy sacerdotisa en los de Venus. ¿Qué hace el cura en la misa? Glorifica el misterio de la eucaristía. Pan y vino que nosotras, las putas, también santificamos. No hay un solo burdel donde la gente no goce y se deleite con el pan y el vino. Te he hablado de todo esto para que, al recordarme y escribirme con la misma alegría que estoy haciéndolo, pienses y reconozcas que por mi propia cuenta yo he logrado forjarme una fortuna. Sigo espléndida y bella. Soy famosa. Mi prestigio lo admiran hasta las Damas de la Junta Católica pues mis contribuciones para la iglesia, no escatimadas nunca, son siempre del más alto calibre. No olvides nunca que he pagado tu educación con el dinero de mi burdel. Chao, caro. Un **baccio di la tua cara mamma** Rosina Salerno.

## IX

### La sangre no llegó al río

Peñalerta es una especie de belvedere desde el cual se contempla la bahía. Sitio rocoso y alto paso obligado rumbo hacia Barlovento, nada escapa a la vista del más ingenuo observador que, emocionado, se detenga un instante a ver las barcas o la puesta del sol. Los isleños cuyos ojos de lince compiten con los de las gaviotas distinguen desde allí hasta la aleta de los voraces tiburones. Apenas notan el agudo espolón lanzan un grito a plena voz que repercute en la playa y los bañistas logran ponerse a salvo.

Todas las tardes los ancianos de la isla celebran su tertulia en Peñalerta, tradicional reunión que casi adquiere carácter de senado pues en ella se delibera y se toman decisiones. A veces solamente se comentan los sucesos del día refiriéndose a casos semejantes que tuvieron lugar en otras épocas cuando la gente solía ser respetuosa de las viejas costumbres y de la ley de Dios.

Los más asiduos al vespertino cónclave de Peñalerta son Sócrates Galarza, de barba cana y renegrido bastón; Plutarco Amaya, quien a pesar de ser nonagenario goza de una memoria sorprendente; Senón Oviedo, que narra siempre historias de aparecidos; Píndaro Cárcamo, patriarca de una extensa familia de pescadores y abuelo de la inquieta Petita; Agustín Izaguirre, Marco Aurelio Mendíquez y Benigno Pascal, que sistemáticamente diagnostican el tiempo y tratan de hallarle algún sentido a las cosas.

Tras el trabajo agotador de las faenas del campo o de la pesca en el mar, los hombres ya casados y con hijos pero de edad menos propecta se aproximan de vez en cuando al grupo tal vez por distraerse escuchando lo que cuentan los viejos o buscando las sabias enseñanzas de los mayores.

De paso hacia las playas de Barlovento, los viandantes no tienen más remedio que cruzar por el centro del severo cenáculo que de común acuerdo enmudece para que se le rinda la adecuada pleitesía del saludo.

Felipe sabe que su vida de perdulario es criticada por aquel tribunal de hombres sensatos. Por eso cuando va hacia la casa de Balbina o hacia el llanito situado tras la escuela, siempre hace un alargado rodeo zigzagueando tras las casas del pueblo loma arriba.

Quienes están sentados sobre las duras crestas de Peñalerta más se preocupan hoy por los vaivenes de la guerra de Coto, pues el conflicto ha terminado y los presos han regresado a su país, menos uno. Al hombre de la barba nazarena ya se le trata como a uno de la isla, pues Hipólito se ha ganado la confianza del pueblo por ser trabajador y sobre todo porque es experto en naves. Precisamente pasó hace poco cuesta abajo acompañado por Serafín del Carmen y ello ha dado motivo a que se enciendan nuevamente los ánimos sobre ese malhadado conflicto bélico. Lo prudente será no mencionarlo cuando regrese Hipólito dentro de unos instantes.

—Es indudable que ganamos la guerra —dice Píndaro Cárcamo—. Recuperamos nuestras tierras en buena lid. Sin embargo, los gringos del carajo nos quieren dar la gran jodida. Como si hubiésemos soñado, nos imponen una falsa derrota y en vista de ello vuelven a cercenarnos. Inútil es seguir apelando. Los países de la América Hispana se han cruzado de brazos. Nadie quiere ayudarnos.

—Mejor ni hablemos de eso —Senón Oviedo sacude su cachimba sobre una piedra, la carga nuevamente con picadura fresca, la enciende, aspira el humo, y, al expulsarlo, señala hacia la cuesta—. Veo que allá se aproximan Hipólito y Serafín del Carmen. Cambiemos ese tema neurálgico.

—Serafín e Hipólito se han hecho muy amigos —comenta Marco Aurelio Mendíquez—. Debe ser sobre todo porque han vivido en Roma. Los he escuchado hablando en italiano. Creo que ambos conocieron al Papa. Si le besaron el anillo están en gracia de Dios.

Píndaro Cárcamo prefiere retirarse sin hacer comentarios. Se sabe que él no gusta de Serafín del Carmen por haberse burlado de Petita.

—Recuerdo a Serafín desde la época en que paseaba por las tardes con Plácido —dice Plutarco Amaya—. Era un niño de una imaginación sorprendente. Siempre narraba sueños con una convicción de iluminado.

Después nos convencimos que eran inventos de él. Bueno, desde nuestra época escolar decorábamos versos de Pedro Calderón de la Barca con eso de que la vida es sueños y los sueños sueños son.

—Cuando ya era muchacho de los de rompe y rasga —Senón Oviedo escupe, se limpia la garganta— me hacía contarle historias de fantasmas. Recuerdo que a él le agradaba mucho la del hombre cuya esposa asistía a los aquelarres en que diversas brujas danzaban alrededor de Lucifer en figura de macho cabrío y todas ellas le besaban el culo. Me sorprendió una tarde narrándome uno de sus sueños. Lástima que ahora que regresó de Europa sólo está interesado por escribir su libro sobre la isla. Ya no nos entretiene con sus sueños. Lo que quiere es oír.

—Vamos a hacer un trato con él —propuso el reflexivo Agustín Izaguirre—. Ahora que llegue podemos proponerle que nos hable de Roma.

Por una seña de Benigno Pascal notan que Hipólito y Serafín se acercan. Los saludan con toda ceremonia y sin rodeos intentan el aploche.

—Hablando del rey de Roma, de pronto asoma —dice Plutarco Amaya—. ¿Qué tal, señores? Siéntense. Acompañenos un rato. Precisamente charlábamos de ustedes. Sabemos que han visitado Roma y a lo mejor, si le han besado el anillo al Papa, ambos deben de estar en gracia de Dios. Nosotros los de la isla es muy posible que caigamos de bruces en las calderas de Pedro Botero. En cambio, ustedes se sentarán sin duda a la diestra de Dios Padre. La palabra de ustedes es como agua bendita. No hay que ser egoísta. ¿Por qué no nos conversan de Roma?

—Yo estuve en Roma en la época del cometa Halley —dice Hipólito.

—¿Lo viste? —indaga Plutarco Amaya.

—No.

—Aquí lo vimos como una luna llena con su terrible cola luminosa.

Serafín se interpone:

—Lo cierto es que al cometa de mi época le decían Mussolini. Era más catastrófico que el otro. Recuerdo que a pocos días de hallarse en Roma los fascistas me dieron una buena puñera sencillamente por ignorar que, como en la época de Guillermo Tell, era un crimen no descubrirse ante el pequeño estandarte de esos terribles criminales autodenominados **camisas negras**.



—A Píndaro Cárcamo le habría encantado saber que te golpearon — dice malignamente Senón Oviedo—. Te tiene tirria porque le hiciste una hija a Petita. Se fue apenas te columbró a lo lejos.

—Cuando me fui de viaje, yo no sabía que estaba encinta. A mi regreso la hallé en amores con uno de sus primos. Mi hijita ni siquiera me determina. No me siento culpable. Menos mal que aquí en la isla la sangre no llega al río. Allá en Roma me vi en grave peligro por preñar a una chica menor de edad. A esa aventura, que no fue un sueño, yo la llamo la mágica epifanía de la sangre.